

NARRATIVA DE CORDELIA

Comenzar
el Olvido



Primera edición en REINO DE CORDELIA, marzo de 2026

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

  @reinodecordelia.es  facebook.com/reinodecordelia

 <https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Pepo Paz Saz, 2026

Ilustración de sobrecubiertas: © Raúl Arias, 2026

IBIC: FA | Thema: FBA

ISBN: 979-13-87599-36-2

Depósito legal: M-6622-2026

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).


Comenzar el Olvido

Pepo Paz Saz



Índice

I		
Muñecas de cera	13	
II		
La obediencia	III	
III		
Comenzar el olvido	173	
EPÍLOGO		
La vida rota	255	
Nota del autor	269	



Las sociedades en postconflicto tienen que enfrentarse siempre a varias contradicciones, pero una de las más difíciles es sin duda recordar el pasado, y hacerlo con precisión y sin censura, es la única forma eficaz de comenzar el olvido. Es una de las paradojas de la violencia: para olvidar el daño, nuestra primera tarea es recordarlo correctamente.

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ
Contar la verdad

I

Muñecas de cera



En el centro de nuestras vidas hubo un verano.

ANTONIO SOLER

El camino de los ingleses

(...)

fuimos niños en agosto
fuimos niños inmortales
como la nieve en agosto, inmortal
en la memoria de los niños
somos niños que apedrean la tapia del
[cementerio
porque el tiempo es suyo y la muerte
[es suya
y todas las tapias les pertenecen.

ISABEL BONO

Me muero

I

PEDRO SE DETUVO en el vano de la puerta. Afuera, en la negrura del descampado, un ejército de grillos entorpecía la calma vespertina. A lo lejos se adivinaba el balanceo de un farol en el bar de Juví. Aguzó el oído por si todavía llegara el rescoldo de la música. Buscó, en el bolsillo de la camisa, el tabaco y los fósforos. Chasqueó una cerilla en el revestimiento de hojalata de la chabola. Le pareció escuchar voces, en la distancia. Después el viento le trajo un ladrido. El fulgor del mixto iluminó su rostro un momento. Visto desde otro ángulo, Pedro era ahora solo la brasa del pitillo que rasgaba, con cada calada, el sopor del tardío crepúsculo estival.

Siguió allí, sin moverse, fumando hasta que el cigarro se consumió. Se tanteó el labio con la punta de la lengua. Escupió una hebra. De pronto el silencio se hizo trizas. Escuchó una aguda risotada y luego un grito. Del bar de Juví salió trastabillando una silueta femenina. Le seguía una figura robusta que llevaba un bolso colgando de una

mano y una botella en la otra. La mujer se paró en el umbral un momento y después se agachó hasta conseguir sacarse del pie izquierdo el zapato de tacón de aguja. Se apoyó contra la penumbra y otra vez, ahora con la mano contraria y cómicamente encogida, se quitó el otro zapato. Él la vio incorporarse recostado contra el muro todavía caliente de la vivienda. La mujer echó la cabeza para atrás y se fundió con la tiniebla. Retumbó en la distancia otra carcajada, esta vez más débil. Pedro imaginó el ondear de la melena suelta y la mano del tipo al recorrer la espalda de ella, demorándose en el doble hoyuelo de la rabadilla, percibiendo con la yema de los dedos cómo se erizaba su piel antes de calibrar el frío de la nalga.

Tiró la colilla y la aplastó con el pie. Un coro de ladridos intermitentes se propagó por todo el poblado hasta perderse en un revuelo. El aire venía sofocante y el resplandor de la ciudad, al otro lado de la vía, retrasaba artificialmente el ocaso. Un atardecer duradero de luces mortecinas que hacían aún más irreal este inframundo de baldíos y casas bajas en el que vivía desde hacía unos años. Ahora sonó un pitido lejano y, poco a poco, como cada noche, fue creciendo el runrún del traqueteo que anticipaba el paso del tren de mercancías al recorrer la herida que los raíles habían abierto entre el pueblo de Hortaleza y el lodazal. La línea parecía abandonada el resto de la jornada. Como una cremallera que cerrase la vida más allá, en el arrabal.

El Golfo le buscó la mano con la cabeza y luego apretó el lomo contra su rodilla. Después se alejó mientras olisqueaba algo entre los matojos. El perro atravesó en un instante el foco de la farola y desapareció en la sucia oscuridad

con que la noche pintaba los tapiales del poblado. En la distancia, bosquejada con una densa mancha, la casa de Lalo. El cobertizo no tenía ninguna iluminación exterior, solo la exigua luz del poste más cercano, a unos cincuenta metros, a medio camino del bar. El animal regresó meneando el rabo hasta su lado. Pedro le acarició la testa en un movimiento rápido, despegó la espalda de la hojalata y giró sobre sus talones para buscar el amparo del taller.

Antes de entrar aún tuvo tiempo de intuir un movimiento de sombras a lo lejos; escuchó el golpe seco de las puertas desvencijadas de una furgoneta al cerrarse y el carraspeo del motor al arrancar. Un haz amarillento barrió el erial y fue a morir lejos de la casa. Adónde irán esos dos, pensó. Luego, a tientas, encontró el interruptor en la pared. Un resplandor macilento inundó el pequeño espacio ocupado por un banco de carpintero y un frente de aglomerado sobre el que las herramientas se ordenaban pulcramente. El tufo a cola le hizo carraspear. Las virutas de madera se amontonaban por los rincones del cuartucho en el que mataba las horas afanado en cualquier chapuza.

Pedro colocó la pieza sobre el tablero: un cajón atornillado entre dos gatos. El aliento trémulo de la bombilla lo convertía en una grotesca sombra, un monstruo acechante. Sus manos trazaron la guía de la madera con fuerza hasta llegar al vértice. Un rato más y estará encolado, murmuró. A sus pies, el Golfo dio un par de vueltas sobre sí mismo, se hizo un hueco entre el serrín y, echándose al suelo, empezó a dormitar mientras el letargo nocturno se posaba afuera.

LA MELODÍA ES PEGADIZA y se ha colado en su cabeza. La tararea día y noche. También ahora, mientras intenta emular a Junquera para atrapar el balón con una palomita y adorna su vuelo sobre la hierba rala del descampado. Desde pequeño le ha podido la épica del suplente. La liturgia de los derrotados. «Mi-li-món-mi-li-mo-ne-ro». Con el cuerpo amortigua la caída, la pelota bien sujeta entre las manos y, al mirar a Toño con una sonrisa en la cara, repite para sí el once de gala del equipo de sus sueños: Junquera, De Felipe, Sanchís, Calpe, Zoco, López Peinado, Velázquez, Pirri, Amancio, Gento y Grosso. «Mi-li-món-mi-li-mo-ne-ro». Luego le lanza la bola y espera a que chute de nuevo.

En el triángulo de la nada, entre la casa de su abuelo, la de Lalo y la de Jesús, al que todos llaman Susi, se juega esta tarde el partido más trascendente de sus ocho años. Un sábado más. La rutina es gozo si se tiene la vida por delante. Manchadas del verde del suburbio, por debajo del dobladillo del *short*, las rodillas aguantan bien el impacto. Vaya ¡cómo vienes!, dirá luego su madre. «Mi-li-món-mi-

li-mo-ne-ro». ¡Venga, tira de una vez!, le grita a su primo Toño que no es su primo. A Junquera, que nació en La Felguera y disputa la titularidad con Betancort, la gente le llama Pinón. Pinón por aquí, Pinón por allá. Él se llama Manu. «Entero-me-gusta-más. Un inglés dijo yeah-yeah-un francés-dijo-oh-la-la».

A los ocho años la geografía no es una preocupación. Escuchó por ahí que La Felguera es un pueblo de la cuenca minera del Nalón, en Asturias. Para él Asturias es, por encima de todo, el regusto dulce de los veranos, la libertad, y un trayecto de once horas por carreteras donde la única amenaza cobra forma de camión por adelantar o de pareja motorizada que acecha la felicidad que tanto añora durante los meses del interminable invierno. Nunca se sabe. ¡¡Lanza Pirri y detiene Junquera!! El abuelo materno penó su condena picando piedra en Cuelgamuros y él, ahora, emula al portero suplente del Real Madrid yeyé en mitad de una barriada del extrarradio de la ciudad, ajeno a la historia y con el anhelo de defender algún día la portería blanca. Como si los sueños salieran gratis.

El estribillo se ha instalado en la cabeza de Manu desde que lo escuchó el otro día en casa, toda la familia sentada frente al aparato de televisión después de la cena. Va a tener razón la vecina: su hijo Fede dice que ver tanta tele nos va a dejar tontainas. El televisor lo ha montado en el comedor, pieza a pieza, el padre de Manu. El comedor es también su dormitorio, y él asiste en silencio a la tarea como un indígena boquiabierto ante el descubrimiento de algún vestigio milenario bajo la tierra que labra, cada día, con su azada. Durante aquellas tardes, siempre al regresar de su

trabajo, el padre despliega sobre la mesa del cuarto un enorme plano repleto de dibujos y diagramas que parecen interconectados por un lenguaje de símbolos sin sentido. Le explica que son circuitos electrónicos y, a la vez, con el temple del cirujano, va soldando los componentes sobre placas de baquelita que luego inserta dentro de una caja de madera en la que reposa, a la espera, la pantalla del aparato. Crece entonces en él uno de esos miedos que luego le acompañarán media vida: los niños nunca deben jugar cerca de ella, por si explota. La imagina repleta de gases inflamables y mortíferos. Con su mustia carita de charco sin agua, la pantalla del televisor entra a engrosar la lista de peligros domésticos sobre los que habrá que andar ojo avizor. Sin embargo, vista por atrás, en el interior de la caja donde el padre distribuye las piezas del ingenio, pierde mucha de esa capacidad de intimidación.

Manu contiene la respiración cuando su padre aproxima la punta incandescente de la soldadora al extremo de la bobina de estaño. Apoya la barbilla en el borde de la mesa y ve el humo ascender y desvanecerse frente a su mirada experta. El metal cobra vida, refulge y se diluye para volverse un tesoro en cuanto aleja la punta al rojo vivo. No soplar en la soldadura mientras se enfría. Polos positivos y negativos, resistencias trazadas como montañas sobre el papel. La electricidad y sus jeroglíficos. Exhalar el aire antes de perecer en el intento.

El otro día, después de la cena, en la tele apareció un cantante negro vestido con una camisa con chorreras blancas. Es un programa de variedades que presentan Laura Valenzuela y Joaquín Prat. Hay un rótulo en el que Manu

lee con dificultad su nombre, no porque no vea bien —es un cernícalo, dice su madre—, sino porque está escrito en ese idioma que de un tiempo a esta parte lo inunda todo en las pelis, en los anuncios, la lengua que se habla en la base americana de Torrejón: el tipo se llama Henry Stephen, Manu lo ha aprendido de memoria, con la hache y la ese por delante, y se mueve al ritmo de la melodía resultona interpretada por una orquesta que se oscurece en segundo plano. «Mi-li-món-mi-li-mo-ne-ro. Entero-me-gusta-más. Un inglés dijo yeah-yeah-un francés-dijo-oh-la-la».

La salmodia se le mete en la cabeza con su cadencia repetitiva y no puede parar de tararearla a todas horas: en el colegio durante las clases, o en el recreo, y ahora, mientras juega al balón en Las Cárcavas con el primo Toño, que ya está dispuesto a chutar con todas sus fuerzas en dirección a la portería de travesaños imaginarios que Manu defiende con uñas y dientes. Le resulta gracioso imitar su acento exótico, el aleteo de los brazos mientras actúa. Henry Stephen. Hacer el ganso.

¿Lanzas o no? Manu reta a Toño justo en el momento en el que la modorra de la tarde de agosto en el descampado se rasga como si fuera papel celofán: Susi irrumpe en la escena a la carrera con la respiración agitada y dice, entre jadeos y poniendo ese tono de voz de las cosas que atañen solo al mundo de los mayores:

—¿Habéis oído lo de la mujer de la tinaja?

3

ME LLAMO Natividad Romero Rodríguez, nacida en Siles, provincia de Jaén, el 15 de julio de 1941, hija de Valentín y Eusebia...

... Hace un mes cumplí veintiocho, mis bellos veintiocho, y ahora este rostro que no es el mío y el cuerpo tirado en una camilla del Anatómico Forense, a la espera de que alguien diga que esta soy yo. O la que yo era.

Vendrá mi madre.

... Tendría que estar nadando, el azul de la piscina me hace sentir limpia. He dejado una bolsa con ropa allí y debería regresar a por ella. Cierro los ojos y el agua son burbujas de aire ascendiendo desde la boca a los pómulos, desbaratándose hacia la nuca mientras braceo con la elegancia de las Amazonas cuando cabalgan.

Vendrá mi madre, y mi hermano la agarrará del brazo.

... Aprendí a nadar en el colegio, en Jaén, durante las colonias de Semana Santa, con las monjitas. Esos recatados trajes de baño con tirantes, el gorro para el pelo, las hileras de niñas en formación y heladitas de frío frente al instructor... Don Marcial, tan forzado, con su bigote y aquel bañador que me recordaba al escueto pantalón que lucía el malabarista del Circo Mundial, ese que sale en los carteles que todos los años cuelgan en los muros del pueblo a finales de septiembre, cuando la feria de San Miguel.

Vendrá mi madre. Mi hermano la cogerá del brazo. Pero ella dirá que no soy yo.

... Don Marcial, las espaldas rotundas y el pecho ensortijado en una mata oscura, uno, dos, uno, dos, primero el brazo izquierdo y luego el derecho, cierro los ojos y veo la tipografía grandota que publicita la piscina Stella, y escucho amortiguado un estruendo de automóviles y de voces, al otro lado de la tapia de ladrillo. Tengo que hacer memoria para entender lo que sucede. Todo es frío y oscuridad y me sobresaltan, ahora sí, el sonido del interruptor eléctrico y el zumbido de los ventiladores y la luz verde que inunda la estancia cuando veo la mirada asustada y triste de mi madre viniendo hacia mí.

Y siento, entonces, la sangre en la boca y las manos que aprietan mi cuello contra el resplandor de la noche en el cielo de la alquería. Las manos en el cuello. Apretando. El aire que me falta. La soledad. El silencio.

JESÚS, al que todos llaman Susi, vive cerca del abuelo de Manu. En una chabola construida en mitad del baldío, entre su casa y el bar de Juví. Está levantada como todas las de la barriada, con materiales de derribo y ese aire de desamparo que apenas disimula una apresurada mano de cal. El tejado es de planchas de uralita. Las ventanas, exiguas, parecen saeteras. La casa tiene también un porche con una parra de la que en verano cuelgan unos racimos extenuados de pequeñas uvas que a Manu le recuerdan a las tetas de Vilma, la perrita color canela de Susi.

Vilma sigue a Susi a todos lados. Mueve el rabo al verlos y lo esconde entre las patas traseras en cuanto asoma algún desconocido. «Es porque la han zurrado mucho», les contó Jesús el día que apareció con la perra por casa del abuelo. Hoy viene también tras él, cuando llega a la carrera, se quita el sudor de la frente con el dorso de la mano, y anuncia entre jadeos que en la Hinojosa ha aparecido una mujer muerta. Boquea: «Dentro de una tinaja». Coge aire: «De las de barro que se usan para almacenar el aceite», añade

y los mira con el desasosiego de quien aguarda algo inaprensible.

Manu y Toño se quedan inmóviles. Manu semeja un cancerbero modelado en cera, pálido, que esperase un lanzamiento que nunca llegará.

—¿Y qué quieres que hagamos? —reacciona al fin Toño.

—Ir hasta allí. La casa de la Viuda queda al otro lado del cerro de los Perros —continúa Jesús todavía jadeante—. Podríamos explorar —concluye.

HUSMEAR. Investigar. Palabras clave en el imaginario de los ocho años. La tarde de balompié en el descampado se trunca y ahora pedalean por el camino que discurre en paralelo a la vía del tren. A la derecha, sobre el barbecho, la loma que marca la linde con la periferia de la ciudad. A esa hora de la tarde hace un sol de justicia y las chicharras rechinan con su canto en mitad del secarral. Susi y Toño van delante. Manu, que es el más chico de los tres, se queda un poco rezagado. No han dicho nada en casa. Los mayores estarán sentados a la sombra del melocotonero, en la tertulia de la sobremesa. Una botella de vino a granel y otra de gaseosa. Los vasos a medias. El amodorramiento que invade sus semblantes mientras conversan sobre asuntos sin trascendencia para los chavales. Jesús, Toño y Manu escapan rumbo a la aventura camuflados por el vahído abrasador de la tarde de agosto.

SUSI Y TOÑO pedalean más rápido, sacan unos metros de ventaja y, al poco, se detienen a esperarlo. El primero en poner pie en tierra es Jesús. Se alza sobre el sillín de la bicicleta, mira hacia atrás y hace un mohín de fastidio:

—Vilma, ¡no! ¡A casa! —le grita a la perra, que los ha seguido y ahora observa inmóvil a los tres solitarios ciclistas en mitad del camino con pinta de no entender nada—. ¡A casa, vamos! —insiste Susi haciéndole gestos con la mano.

El can alza el hocico, olfatea el aire, hunde el rabo entre las patas traseras, se gira despacio y, al fin, regresa por donde había venido.

La finca de la Hinojosa, respunteada de olivos y vides cosidas al arial, está enclavada entre los difusos límites que separan Barajas de Hortaleza. Para llegar desde la casa del abuelo hay que alcanzar el viejo camino de Burgos, sobrepasarlo, seguir pedaleando la varga y bordear el desigual arrecife de tejadillos en que se perfilan las chabolas.

La primera, un frágil rompecabezas de ladrillo y cemento, tiene la puerta abierta de par en par. Junto a ella una sombrilla de lona descolorida por el sol y dos solitarias sillas de playa. Un chucho tumbado a la sombra les observa con desgana. Al fondo, desde la oscuridad de un pasillo ciego, surge el rumor de un transistor encendido. El lodazal sestea.

EL CAMINO VIEJO enlaza la civilización con el inframundo, y se pone intransitable en cuanto caen cuatro gotas. En una esquina hay una fuente de caño de latón con la pileta infestada de avispas. La expedición se detiene otra vez y, mien-

tras Susi intenta dar con la vereda por donde seguir, a Manu le viene a la cabeza el recuerdo de una noche del invierno anterior en que llevaron al abuelo hasta el poblado. El cielo destilaba ese color cobrizo y la niebla baja del mes de diciembre. El acceso a Las Cárcavas era como la boca del lobo. Un lobo que debía de tiritar de frío, cavilaba Manu en el asiento de atrás del coche mientras se tapaba las piernas desnudas con las manos. Había llovido y cuando el 124 del padre salvó el bastión del puente sobre la vía férrea surgió la escena: dos hombres moliéndose a palos en mitad del barrizal, bajo un poste del alumbrado. Igual que en el duelo a garrotazos del cuadro de Goya que les habían enseñado en clase, pensó Manu. Fuera del haz luminoso todo era oscuridad, una negrura borrosa que convertía la disputa en algo aún más brutal.

El abuelo confesó lo ordinarias que eran las peleas. «Estarán borrachos», añadió con resignación. «Vaya usted a saber».

Recuperados del susto el padre giró a la izquierda y embocó el morro del auto hacia el camino que conducía a la vivienda del abuelo. Manu recuerda que miró por la luneta trasera mientras el vehículo se alejaba y se estremeció al sentir la desolación de la refriega nocturna. El desamparo del perdedor. El coche daba botes por la pista y él solo veía su rostro hundido en el lodo y al otro deslomándolo.

—¿AÓNDE VAIS con esta *caló*?

Un individuo con una camiseta de tirantes llena de churretes asoma por uno de los patios de las chabolas. Ahora

se mesa el cabello desordenado tras la siesta y bosteza con la boca abierta. Lleva unos pantalones raídos aún más sucios y los mira con curiosidad, como lo haría el portero de una finca urbana al que hubieran sorprendido dando cabezadas en su turno de trabajo.

—¿Que *aónde* vais? —insiste mientras se rasca la entepierna.

Susi pregunta de sopetón:

—¿Para la Hinojosa?

Por el tono parecería que lo conoce, piensa Manu escrutando al tipejo de aspecto desaliñado. Hay cierta familiaridad en su actitud, un saber desenvolverse que a Toño y a él, polizones en el poblado, no les viene de serie. Jesús vive en el asentamiento y eso le da galones para capitanear la correría. Además, en septiembre cumplirá trece. El hombre lo mira de arriba abajo, se frota las legañas con el puño y señala con desgana hacia un callejón oculto entre las tapias de ladrillo y, dos esquinas más allá, la sombra jaspeada de unas acacias.

—Vamos —dice Susi.

Pone todo el peso de su cuerpo de doce años sobre el pedal izquierdo y arranca con urgencia. Toño y él le siguen sin rechistar. Bordean la fuente, giran a la derecha por el carril en penumbra y embocan hacia la calleja que delimitan las tapias.

Por un momento Manu vuelve la vista hacia atrás y ya no hay nadie. Como si al hombre de la camiseta se le hubiera zampado la tierra.

—Es por aquí — advierte Jesús emplazando las primeras pendientes del cerro de los Perros.

5

PEDRO NO VOLVIÓ a pensar en la escena de la noche anterior hasta muy entrada la tarde del día siguiente.

La mañana se le fue por el desagüe de lo rutinario. El despertador lo espabiló a las seis. Era uno con las manecillas fosforescentes que había adquirido años atrás a un chamarilero del Rastro. Tenía patente alemana y funcionaba como tal, con precisión. Cada madrugada, antes de echarse a dormir, le daba cuerda. La carcasa, dorada, estaba deslucida por el uso. «Qué curioso, el sistema», pensaba Pedro mientras lo volteaba en la cuenca de la mano izquierda y, con el pulgar y el índice, hacía girar la ruedecita con forma de corazón.

El despertador era su brújula cuando se desvelaba en mitad de la noche y tenía que salir a mear. El aseo quedaba fuera de la vivienda, frente al taller. Un retrete minúsculo con las paredes cubiertas por papel pintado y un ventanuco en la puerta. Marcadas en el interior de la esfera con números romanos, las horas todavía conservaban unos pequeños puntos con los restos de la misma pintura verde fluorescente

de las manecillas. En la espesa negrura del cuarto su brillo calmaba los miedos y la incertidumbre que lo asaltaba a veces durante sus vigiliass nocturnas.

Apagó el timbre y, como si estuviera dentro de una caja sellada, le llegó amortiguado el jadeo impaciente del perro y el tintineo sobre el suelo de los eslabones de la cadena que lo ataba a su caseta, en la entrada de la vivienda.

A su lado, Mónica se cubre con la sábana. Pedro la observa en la quietud de la habitación.

—¿Qué hora es? —pregunta nada más abrir los ojos y verlo sentado en la cama, inmóvil, con las manos apoyadas en el colchón.

Pedro mira la carcasa casi evanescida con las primeras luces del alba. Luego deja el reloj en la mesilla con cuidado de que no se caiga al suelo.

—La de soltar al Golfo —contesta con la boca abierta, presa de un bostezo.

Mónica larga la sábana hacia un lado y busca a tientas el roce reconocible de las zapatillas. Se escuchan los gemidos del perro que ya ha percibido sus voces dentro de la casa. En nada empezará a raer con las pezuñas la puerta.

Pedro abandona el cuartucho y enfilea encorvado el pasillo.

—Le suelto y vuelvo —dice él y su voz rebota cada vez más débil en la estrechez de la chabola.

Abre el portillo y siente el aire fresco de primera hora, un olor a tierra seca y cereal segado, a mañana de estío en el extrarradio. El Golfo brinca a su alrededor: a cada salto los eslabones de la cadena restallan en el suelo de losas ajadas como lo haría el látigo de un domador. Con tristeza circense.

Él toma la ajorca, busca a ciegas el tacto metálico del mosquetón en el extremo y libera al animal, que desaparece a la carrera en el baldío.

Desde dentro de la casa el silencio se quiebra con el gorgoteo de la cafetera al fuego. Pedro lo escucha, imagina el azul de la llama y, al poco, el aroma del café le llega como una invitación. Mónica le acerca una taza humeante por el pasillo de techo bajo. Le toca suavemente el hombro por detrás, se la pasa y después se cierra la bata anudándola a la cintura. El fresco matinal le eriza el vello. Lo ve llevarse el café a los labios en la penumbra. Ama su gesto adusto, las grandes manos endurecidas por el trabajo de la madera, su fe inquebrantable en un futuro mejor. Toma la taza vacía y regresa a la cocina.

—Voy contigo hasta el autobús —exclama Mónica desde allí.

Pedro explora la menguante oscuridad y chifla dos veces: un silbido corto seguido de otro largo y agudo. Reconoce la potencia de las patas del perro corriendo sobre el terreno, aproximándose a la casa. Es hora de prepararse, piensa, y regresa al dormitorio después de atarlo a la caseta.

PEDRO Y MÓNICA llegan hasta el puente por el carril de tierra que bordeaba la loma en barbecho. Los terrones están secos y agrietados por la falta de lluvias del verano. A esa hora la luz perfila el paisaje con nitidez. Las casas, con sus tejados de uralita como piezas de un puzle, parecen haberse multiplicado durante la noche. El aire trae el sonido de las señales horarias desde algún transistor perdido en las pro-

fundidades del asentamiento. Los postes luminosos se apagan simultáneamente, como si obedecieran a una voluntad superior.

Cruzan a buen paso el puente sobre las vías y luego caminan pegados a la tapia del colegio en dirección al pueblo. La fábrica es aún una mancha amenazadora.

Delante de ellos, por la sirga, distinguen varias siluetas. Deben de ser albañiles extremeños, de los muchos que se han asentado en el poblado, cavila Pedro, mientras calcula los pasos que los separan. En nada se desperdigarán por la ciudad en construcción, lejos del extrarradio. Los hombres se detienen a encender un pitillo y Pedro y Mónica les dan alcance.

—Buenos días —dice Pedro al pasar a su lado.

—De buena mañana —le responden los desconocidos a la vez que sueltan el humo de la primera calada contra la luz trémula del amanecer.

El pueblo de Hortaleza, superada la longitud de la tapia de las monjas donde la inminencia de la primavera se anuncia cuando los prunos florecen a finales de febrero, asoma entre casas bajas un poco más allá. Ahora ellos aceleran el ritmo en silencio. Caminan en paralelo como autómatas, el sueño pegado a los párpados.

La parada de la camioneta está en la calle Mar Amarillo. Una señal roñosa, donde se cartografía el itinerario del autobús con un trazo negro jalonado de puntos en rojo, se inclina peligrosamente y parecería dar la bienvenida con una reverencia a los eventuales pasajeros. «Cualquier día se nos caerá encima», piensa Pedro al ver junto a la señal la cola que aguarda a que el conductor abra la puerta trasera del

cacharro. Rostros duros, biselados por las muchas horas al sol. El vehículo espera al ralentí y, de tanto en tanto, tiembla sacudido por un escalofrío mecánico y pedorrea unas bocanadas de espesa mugre por el escape.

—¿Y ese a qué andrà? —masculla Pedro.

Mónica levanta la vista y ve un coche detenido al otro lado de la calle, bajo una acacia enteca. Es un Seat de color gris oscuro, inconfundible. Apesta a brigada de información a la legua. El funcionario al volante cabecea adormilado. Su compañero, sin embargo, camufla una mirada felina bajo un sombrero de ala gris.

—A saber —responde la mujer mientras un estremecimiento le recorre la espalda—. Ya va refrescando —añade.

Pedro desconfía de los sabuesos. Suelen husmear en busca de células de autogestión obrera. No interesa que los trabajadores se organicen fuera de la estructura del Sindicato.

—Es raro que estén tan temprano al acecho —dice al tiempo que baja la voz, mira a Mónica a los ojos y le aparta con descuido el flequillo de la frente. Un gesto cariñoso que disuade al policía de cualquier sospecha sobre la pareja.

—Te acompaño hasta López de Hoyos —dice la mujer—. Luego iré al mercado.

—Me parece bien —contesta Pedro y la coge del brazo.

El conductor abre al fin la puerta y la fila se reagrupa en la parte trasera de la camioneta. Una oruga gris en medio del trazo ceniciento de la ciudad.

El policía de paisano se ha bajado del coche y recorre ahora la acera contraria como lo haría un centinela de guardia en su garita. Los albañiles ya no charlan; apuran sus cigarros con un par de caladas y los lanzan hacia el centro

de la calle soltando el humo como si, de repente, les apremiara el tiempo.

Mónica y Pedro suben al vehículo y el expendedor de billetes, somnoliento, desde el trono de su altillo, les pregunta adónde se dirigen.

—Uno para la Formentor, por favor —contesta Mónica.

—Buenos días —dice Pedro depositando un duro sobre la alfombrilla—: Ciudad Lineal, a la parada diez —añade.

ES LA MAÑANA del jueves 14 de agosto del año 1969. «Agosto, por la noche frío en rostro», le dice un paisano embutido en una chaqueta que amarillea por los codos a otro con la boina calada hasta el entrecejo. Se sientan un par de filas más adelante que ellos.

Al otro lado de la calle el policía sigue vigilando de reojo al autobús y a sus amodorrados pasajeros. Su compañero bosteza y se acoda en la ventanilla, de nuevo en el interior. Pedro los mira por última vez cuando el trasto echa a andar, achacoso, y remonta entre los arreones de las marchas el silencio de primera hora en las calles desiertas. Los recordará luego, por la tarde, ya en casa, al escuchar en el boletín horario de las seis de Radio Nacional la noticia del descubrimiento del cadáver de una mujer en la alquería de la Hinojosa.

6

—*C*OME here!!

El vozarrón del soldado me sobresalta. Mira hacia donde nos hemos acomodado y agita la mano para que vayamos a su mesa. Su timbre es tan gutural que flota por encima del estruendo de la orquesta como lo haría un madero en mitad de la marejada.

—¿Qué dice ese? —pregunto a Luci y me estiro la plisa de la falda, un gesto coqueto que quiere camuflar mi nerviosismo de novata. Luci apoya el codo en la barra y le observa sin recato alguno. Es mi compañera de piso. Ha pedido hace un momento un vaso con agua y hielo. El camarero de exquisitos modales duda, la contempla unos instantes y luego se da la vuelta rezongando.

—Vamos, niño, que es para hoy —le urge ella— ¿O es que el agua del Lozoya no se bebe?

Luci se gira hacia la pista despreciándole y taconeando con fastidio sobre el mármol mientras el mozo vestido con camisa blanca y pajarita almidonada bufa por lo bajinis, coloca el vaso en la barra, le añade unos cubitos, una rodaja de limón

y vierte el líquido de una jarra con la elegancia del que sirve un combinado de su mejor botella de güisqui.

—¿Qué va a querer? —dice Lucía inclinándose hacia mi oído—. Lo que todos. Achucharte un poquito, de gratis, y darse el piro.

Yo le observo de refilón, como si quisiera evitar saberme descubierta. El hombretón, que podría tocar el techo con las manos si lo deseara, se contonea al ritmo de la música y por momentos creo que va a descoyuntarse. Rock & roll, lo llaman. «Donde esté mi Concha Piquer que se quite lo *bailao*», pienso.

Él, sin embargo, no nos quita ojo: vuelve a hacer gestos ostensibles y luego toma con su mano derecha el combinado de la mesa y lo levanta a modo de saludo. Le observo ya sin reparos: va vestido con un uniforme militar de color verde oscuro y en la manga, un poco por debajo del hombro, luce un parche con unas rayas doradas y una estrella con cinco puntas. Se le ve elegante de esa guisa. Cuchicheo algo al oído de Luci.

ES SARGENTO de la USAF, se llama Dan, Dan Payne, y le han destinado hace poco a la base de Torrejón. De eso nos enteraremos después, a lo largo de la velada, por gestos, cuando Lucía y yo nos decidimos a aceptar el convite, más por dejar de llamar la atención que por otra cosa, y varamos en su mesa. Me fijo: su piel es oscura como el almizcle.

—*What do you wanna drink? I'll invite you, ladies, it's on my own* —dice pronunciando las palabras con lentitud, igual que si las fuera sacando de un pozo.

No entendemos ni papa, pero la obstinación convierte su idioma y los movimientos de nuestras manos en un lenguaje descifrable para los tres. Me río a carcajadas. No sé por qué. Eso le gusta. Muestra una línea esmerilada de piezas dentales y unos labios carnosos. A mí me recuerda a Tarzán, trajeado y de paseo por las calles de Nueva York; bueno, a la película que vimos hace unos días en el cine Ventas. «Yo, Tarzán. Tú, Jane». Haríamos buena pareja, fantaseo. Lo imagino en la oscuridad de la sala poniendo su brazo sobre mis hombros mientras, al fondo, se proyecta la cinta.

—*Sit down, please* —pronuncia haciendo una reverencia cómica y luego golpea con la palma el asiento contiguo al suyo. Nos aproximamos. Luci se acomoda a su derecha. Yo, a la izquierda. Un camarero se acerca e inquiera, muy estirado, qué tomarán las señoras.

—*Drink!! Drink!!* —se desgañita el gachó.

—Un gin con sifón —demanda Lucía mientras deposita el agua con hielo en la bandeja que se le ofrece. Los cubitos tintinean contra el fino cristal de las paredes del vaso.

—Yo voy a tomar un coñac —respondo carraspeando por encima del ritmo de los músicos.

—*Wonderful!!* —exclama el yanqui del uniforme con una estrella.

—*Let's go dance!!* —añade.

Y vuelve a ponerse en pie mientras hace chascar los dedos al compás atronador de la banda. Luci y yo sonreímos. Luego me fijo en el torso musculoso que se adivina bajo la chamarra. Por un momento somos el centro de atención en

la pista. Reinas y denostadas a partes iguales. Las fulanas del negrito pensarán aquellas remilgadas de la mesa de enfrente. «Ande yo caliente...», cavilo mientras vuelvo a mirar el perfil del soldado contenido en el uniforme. Sus muslos, el abdomen, los brazos, el cuello. Su risa desenfadada.

Por fin vuelve a sentarse entre Lucía y yo.

—*It's Dan... And you are?* —vocaliza el gigante después de darle un sorbo al combinado.

¿Es una pregunta? Miro a Luci y me encojo de hombros. La orquesta ha dejado de tocar y, a medida que los bailarines regresan a sus mesas, el bullicio se reparte por la terraza y parece querer escaparse como humo por el tiro del cielo estrellado. Nos quedamos paradas como dos pavas, sin saber qué decir. El militar insiste:

—*Dan* —se señala de nuevo con el índice la chaqueta de botones dorados. Sitúa su dedo sobre el corazón—: *And you both?* —añade abriendo mucho los ojos y dirigiéndolos, sucesivamente, a uno y otro lado de la mesa.

Si no tiene cuidado se le van a saltar de las órbitas, le susurro a Luci y bebo, busco refugio a tanta carne en un trago de la copa. Luci, más espabilada, responde:

—Yo, Lucía —se toca el pecho, bajo la medallita dorada— y esta Nati —con el índice hacia mí—. Lucía y Natividad, para servirle. —Luego rompe a reír y le pone la mano sobre el muslo.

—Ah, Lusi y Nat —señala de nuevo a cada una—. *Wonderful!!* —Vuelve a exclamar y levanta el cubalibre para un brindis—: ¡Salud!

CHOCAMOS NUESTRAS copas con su vaso. «Chin, chin», digo. Me gusta la tregua de esta noche veraniega del 65 en los jardines de la piscina Formentor; el mundo nos sonríe y el mañana, aunque sea por unas horas, no existe. Tampoco existen las penas.